

**MOCIÓN DEL GRUPO MUNICIPAL UNIDAD VECINAL EGABRENSE
PARA LA CONCESIÓN DE LA MEDALLA DE LA CIUDAD DE CABRA A
LA FAMILIA SABARIEGO-GALLARDO POR SU TRAYECTORIA DE MÁS
DE 180 AÑOS DE DEDICACIÓN Y SERVICIO EN EL PICACHO.**



3 GENERACIONES SANTERAS

Abuela Aurora Marzo León,
Padre Domingo Sabariego Torres, Madre Rosario Gallardo Marzo,
Hermanos Juani y Jose Manuel Sabariego Gallardo.

EXPOSICIÓN DE MOTIVOS

PRIMERO. UNA DISTINCIÓN A UNA TRAYECTORIA EXCEPCIONAL

El Reglamento de Honores y Distinciones del Ayuntamiento de Cabra contempla la Medalla de la Ciudad para reconocer méritos extraordinarios, así como servicios notables y trayectorias caracterizadas por la constancia, la dedicación, el esfuerzo, la abnegación y el sacrificio.

La presente moción propone reconocer precisamente esos valores en la familia Sabariego-Gallardo.

No se pretende reconocer la naturaleza religiosa del oficio de santero, sino una trayectoria humana, familiar y laboral extraordinaria, desarrollada durante cerca de dos siglos en uno de los lugares más emblemáticos de Cabra: el Picacho.

SEGUNDO. UNA HISTORIA QUE VIENE DE MUY LEJOS

La historia de la santería en el Santuario de la Virgen de la Sierra cuenta con una larga tradición documental.

En el año 1593 aparece documentado Domingo Castro, identificado como el primer santero varón del que se tiene constancia documental en la Ermita de la Virgen de la Sierra. Esta referencia procede de documentación de protocolos y fue dada a conocer por el Cronista Oficial de Cabra, Luis Cabello Vannereau.

Esta referencia permite constatar que la figura del santero forma parte de la historia del Santuario desde hace varios siglos.

Sin embargo, esta moción no pretende reconocer el origen del oficio, sino la trayectoria concreta de una familia egabrense que, muchos años después, mantendría una continuidad extraordinaria vinculada al Picacho.

Según la documentación y referencias históricas disponibles, el inicio conocido de la saga familiar Sabariego vinculada a esta actividad se sitúa aproximadamente en torno a 1835, prolongándose hasta el año 2020. Son cerca de 185 años y cinco generaciones de presencia, dedicación y servicio en la Sierra.

TERCERO. CINCO GENERACIONES UNIDAS AL PICACHO

La historia de los Sabariego-Gallardo es, ante todo, una historia de continuidad familiar.

Entre sus primeros miembros documentados se encuentra Juan Sabariego, conocido como “Juanico”, cuya vinculación con la actividad de santero aparece relacionada con el siglo XIX.

A esta generación le seguiría Antonio Sabariego López, vinculado al Picacho desde su infancia y testigo de acontecimientos de especial importancia para el Santuario, entre ellos las obras de reforma del Camarín llevadas a cabo en 1927. Posteriormente, durante la segunda mitad del siglo XX, esta responsabilidad continuaría en manos de Domingo Sabariego y Rosario Gallardo, que hicieron del Santuario su hogar y dedicaron buena parte de su vida a las tareas propias de la santería y a la atención de quienes llegaban al Picacho.

En aquel hogar crecieron sus cinco hijos: Antonio, Domingo, Juanito, José Manuel y Francisco Javier. Pero la vida de esta familia estuvo marcada también por una experiencia especialmente dolorosa: Juanito, nacido antes que José Manuel, falleció en

1977, con tan solo 14 años de edad. Su pérdida supuso un duro golpe para Domingo Sabariego y Rosario Gallardo y forma parte, como uno de los episodios más dolorosos de su historia familiar, de la vida de quienes durante tantos años hicieron del Picacho su hogar.

Los cuatro hermanos que alcanzaron la edad adulta formaron parte de una generación que vivió desde dentro la realidad cotidiana del Santuario y las particulares condiciones de vida de una familia asentada permanentemente en el Picacho. Entre ellos, Antonio Sabariego Gallardo asumiría posteriormente la responsabilidad de santero, convirtiéndose en el último miembro de la saga familiar en desempeñar esta función, hasta aproximadamente el año 2020.

La historia de esta familia no puede limitarse únicamente a quienes desempeñaron formalmente la responsabilidad de santero. La vida del Santuario estuvo también sostenida por otros miembros de la familia, cuyo trabajo, presencia y dedicación fueron esenciales para el día a día en el Picacho. Entre ellas destaca Aurora, madre de Rosario Gallardo, que también contribuyó durante años al trabajo y a las tareas propias de la Santería, formando parte de esa cadena familiar de mujeres cuya dedicación resultó fundamental para mantener la vida cotidiana del Santuario.

A esta tradición se suma igualmente Ana Sabariego, hermana de Domingo Sabariego, conocida popularmente como “Anita la de la Salve”, cuya figura forma parte de la memoria familiar y social vinculada al Picacho y de quienes durante generaciones vivieron y acudieron al Santuario, y que afortunadamente sigue entre nosotros con más de 90 años.

Todas ellas representan una parte esencial de una historia que no fue únicamente la de los santeros, sino la de familias enteras que vivieron, trabajaron y sirvieron en el Picacho, haciendo del Santuario su hogar y contribuyendo, generación tras generación, a mantener viva su actividad cotidiana.

No fueron simplemente personas que ocuparon sucesivamente un puesto. Fueron familias que vivieron, trabajaron y crecieron en el Picacho, transmitiendo de padres a hijos una responsabilidad que, con el paso del tiempo, acabó convirtiéndose en parte de su propia identidad.

La transmisión de esta responsabilidad durante cinco generaciones constituye un hecho excepcional por su duración y continuidad.

CUARTO. MUCHO MÁS QUE UN OFICIO

Ser santero implicaba mucho más que cuidar un edificio. Significaba permanecer en el Santuario, atender sus necesidades, conservar sus instalaciones y bienes, gestionar recursos básicos, recibir a quienes llegaban y estar disponible cuando fuera necesario.

Era una responsabilidad que exigía presencia permanente y que, durante buena parte de esta historia, se desarrolló en unas condiciones muy alejadas de las comodidades actuales.

El agua, el abastecimiento, el mantenimiento de los aljibes, las comunicaciones y las condiciones meteorológicas formaban parte de las preocupaciones cotidianas de quienes vivían en la cumbre.

La propia documentación relativa a las obras del Camarín de 1927 refleja la participación de Antonio Sabariego López en tareas relacionadas con la recepción y custodia de materiales y herramientas y con la atención de las necesidades de los trabajos que se desarrollaban en el Santuario.

Aquella dedicación no tenía un horario convencional. El Picacho no cerraba al terminar la jornada, porque para quienes allí vivían el Santuario era su casa.

QUINTO. EL PICACHO COMO HOGAR

Quizá sea este uno de los aspectos que mejor permite comprender el verdadero valor de esta trayectoria. Durante generaciones, los Sabariego-Gallardo no acudían al Picacho para trabajar y después regresaban a sus casas. El Santuario era su hogar durante todo el año.

Antes de la llegada de las modernas infraestructuras, vivir en la cumbre significaba afrontar el frío, la nieve, los temporales, el aislamiento y las dificultades de abastecimiento con unos medios muy limitados.

La llegada de la electricidad, en torno a los años sesenta y setenta, y posteriormente la mejora del abastecimiento de agua potable, supusieron una transformación extraordinaria de aquellas condiciones de vida.

Lo que para muchos podía parecer simplemente la llegada de un nuevo servicio, para una familia que había hecho del Picacho su hogar significaba poder vivir de una manera algo más cómoda y segura.

La propia familia conserva, además, una pequeña historia que refleja la importancia que aquellos cambios tenían para quienes vivían en la cumbre.

Cuando Domingo Sabariego y Rosario Gallardo esperaban el nacimiento de su quinto hijo, la llegada de la electricidad adquirió para ellos un significado especial. Habían pensado que, si nacía una niña, llevaría el nombre de Mariluz, como recuerdo de aquel acontecimiento que estaba transformando la vida cotidiana del Santuario.

Finalmente nació un niño, Francisco Javier, uno de los cuatro hijos de la familia que alcanzaron la edad adulta.

Son pequeños recuerdos que hoy pueden parecer anecdóticos, pero que ayudan a comprender lo que significaron para quienes ha vivieron durante generaciones en el Picacho.

SEXTO. UNA FAMILIA QUE FORMA PARTE DE LA MEMORIA DE

CABRA

Durante cerca de dos siglos, Cabra cambió profundamente. Cambió la forma de vivir, de desplazarse y de comunicarse. Llegaron nuevas infraestructuras, nuevos medios de transporte, electricidad, agua y teléfono. Cambió la sociedad, cambiaron las generaciones y cambió también el propio Santuario.

Pero hubo algo que permaneció durante décadas: la presencia de los Sabariego-Gallardo en el Picacho.

Miles de egabrenses conocieron a alguno de sus miembros, fueron atendidos por ellos, convivieron con ellos en sus visitas al Santuario o simplemente los identificaron como parte inseparable de aquel lugar.

Por eso, la historia de esta familia ha dejado de ser únicamente una historia familiar. Forma parte de la memoria cotidiana de Cabra y de la historia humana del Picacho.

SÉPTIMO. ANTONIO SABARIEGO GALLARDO, EL ÚLTIMO ESLABÓN

Con Antonio Sabariego Gallardo llegó el final conocido de una saga que había atravesado aproximadamente cinco generaciones y cerca de 185 años. Antonio no representa únicamente al último santero, representa a todos aquellos que le precedieron: a quienes aprendieron el oficio de sus mayores, a quienes vivieron en la cumbre en condiciones difíciles, a quienes cuidaron del Santuario, atendieron a sus visitantes y mantuvieron viva durante generaciones aquella responsabilidad.

Sus últimos años estuvieron marcados por circunstancias personales y familiares especialmente complejas, entre ellas el cuidado de su madre, Rosario Gallardo, el acompañamiento y cobijo de su hermano Domingo y las dificultades propias de aquella etapa.

Finalmente, ningún miembro de la familia continuó la tradición después de Antonio.

No corresponde a esta moción entrar a valorar las circunstancias concretas que rodearon aquel final ni atribuir responsabilidades. Basta constatar un hecho: después de casi dos siglos, la cadena se rompió.

Y quizá resulte paradójico que una tradición familiar capaz de atravesar generaciones, cambios históricos, inviernos en la Sierra, aislamiento y décadas de enormes dificultades materiales encontrara su final precisamente cuando muchas de aquellas dificultades habían dejado de existir. Sea como fuere, la historia merece ser reconocida por todo lo que fue, no por la forma en que terminó.

OCTAVO. EL MOMENTO DE UN RECONOCIMIENTO DE TODA CABRA

Después de casi dos siglos de presencia y dedicación, ha llegado el momento de que sea el pueblo de Cabra, a través de su Ayuntamiento, quien reconozca

públicamente el esfuerzo, el trabajo y la entrega de una familia que hizo del Picacho una parte esencial de su vida.

Los Sabariego-Gallardo estuvieron vinculados durante generaciones a uno de los lugares más representativos y queridos de nuestra ciudad. Allí vivieron, trabajaron, afrontaron dificultades, atendieron a quienes llegaban y contribuyeron, con su presencia cotidiana, a mantener viva la vida del Santuario.

Cuando Antonio Sabariego Gallardo, último santero de esta saga, puso fin a su actividad, la Hermandad tuvo el gesto de colocar en el Picacho una placa como recuerdo y reconocimiento a su trayectoria. Es un gesto que forma parte ya de la memoria de esta familia y que debe ser valorado como tal.

Pero una historia de cinco generaciones y cerca de 185 años merece también un reconocimiento que trascienda el ámbito particular del Santuario.

La placa recuerda a Antonio y su dedicación. La Medalla de la Ciudad permitiría que fuese la propia ciudad de Cabra quien reconociera a Antonio, a sus padres, a sus abuelos y a todas las generaciones que hicieron posible esta historia, porque no se trata únicamente de reconocer a quien fue el último santero, se trata de reconocer a una familia que durante casi dos siglos estuvo allí donde Cabra miraba cuando miraba hacia su Sierra.

Ha llegado, por tanto, el momento de que ese reconocimiento sea también el reconocimiento de toda la ciudadanía egabrense. Y hacerlo ahora no significa cerrar una historia, sino conservarla y transmitirla, porque cuando una generación desaparece y con ella una tradición de casi dos siglos, corresponde a la ciudad guardar su memoria y reconocer a quienes hicieron posible que esa tradición llegara hasta nuestros días.

PROPUESTA DE ACUERDOS

PRIMERO. Reconocer públicamente la extraordinaria trayectoria humana, familiar y laboral de la familia Sabariego-Gallardo, desarrollada durante aproximadamente cinco generaciones y cerca de 185 años en el Picacho.

SEGUNDO. Reconocer como méritos extraordinarios la constancia, dedicación, responsabilidad, esfuerzo y sacrificio mantenidos por la familia durante generaciones, así como su contribución a la memoria histórica y social de Cabra.

TERCERO. Proponer la concesión de la Medalla de la Ciudad de Cabra a la familia Sabariego-Gallardo, como reconocimiento civil y municipal a su excepcional trayectoria y a su vinculación histórica con el Picacho y el Santuario de la Virgen de la Sierra.

CUARTO. Disponer que la concesión se tramite conforme al procedimiento establecido en el Reglamento de Honores y Distinciones del Ayuntamiento de Cabra, incorporándose al expediente la documentación histórica, genealógica y testimonial correspondiente.

QUINTO. Hacer entrega de la Medalla de la Ciudad a los representantes de la familia Sabariego-Gallardo en un acto institucional del Ayuntamiento de Cabra, procurando que dicho acto sirva también para poner en valor y transmitir a las generaciones futuras la historia de esta familia y su vinculación con el Picacho.

Cabra, 17 de septiembre de 2026

PORTAVOZ GRUPO MUNICIPAL UVEga

CARNERERO
ALGUACIL
MANUEL -
80128366T

Firmado
digitalmente por
CARNERERO
ALGUACIL MANUEL
- 80128366T
Fecha: 2026.09.17
11:56:25 +02'00'

Fdo.- Manuel Carnerero Alguacil

SR. ALCALDE PRESIDENTE DEL ILMO. AYUNTAMIENTO DE CABRA.-